

1910 = Gmuy

207

R. BLANCO FOMBONA

EL CASTIGO DEL AVILA

(Cae la tarde. El sol bfuñe las copas de los árboles, en el gigantesco y paternal monte Avila. El Poniente se tamiza al través de los follajes; y bajo la cúpula de los tamarindos la profusa pompa de los cotoperices y la esbeltez de los marías, el bosque extiende sus galerías profundas donde flotan claridades o sombras verdes.

Un hombre aparece en el Bosque, el traje en hilachas, las manos en crispatura, los ojos en pavor, el pelo en greñas. -- Aquel rostro meduseo tiene en las expresión algo bestial. Por -- el hocico trompudo, las anchas fosas nasales, los pequeños -- ojos inertes y la chatura animalesca de la frente, titubearía -- quien divisara la aparición, antes de decidirse a afirmar si -- aquella extraña figura es un hombre con carad de cerdo o un -- cerdo con cuerpo de hombre. Aquel monstruo, mitad bestia, mitad bandido, que lo mejor que tiene es la figura, es Juan Vicente-Gómez, el Traidor. Pálido, sudoroso, recuéstase de un árbol).

Juan Vicente, el Traidor

-Desde la aurora corro, huyéndole a los hombres, por las breñas del Avila. Ya me postra el quebranto. Los pájaros me increpan con injuriosas nombres; y los torrentes rien de mi nagustia y mi llanto.

Busqué asilo en los montes; y más que las ciudades el monte, que a las víboras dá asilo, me es hostil; asumen voz los árboles a enrostrarme maldades; me oculta su agua el pozo; para el zapo soy vil.

Piedad, señor, procura que mi cuerpo repose; que a mis labios no niegue sus cristales el río; en mi cuerpo, hecho úlceras, que tu dedo se pose; y dá paz a mi espíritu. Piedad, piedad, Dios mío.

(El árbol sacude una rama y golpea en el rostro al Traidor).

El árbol

-¡Piedad imploras! ¿La tuviste

cuando hacías de victimario,
y cada monte convertiste

en Calvario?

¡Piedad imploras! ¿La tenías
con los presos que atormentaste
en tus obscuras gemonías,

y mataste?

¡Piedad imploras! ¿Por ventura
la sintió tu alma de hierro,
cuando echabas a sepultura

o a destierro?

(El árbol golpea de nuevo a Juan Vicente
en el rostro y prosigue apostrofándolo).

-¡Y quieres dichal! ¡Y quieres calma!
Sal de aquí, malvado traidor,
y sepan tu cuerpo y tu alma de
dolor.

(Juan Vicente echa a correr azotado por los
árboles. Cada rama le cruza el rostro, o per-
cude las espaldas del Traidor y deja allí -
un cardenal. Los arroyos, al ver la carrera -
desatentada de Juan Vicente, se precipitan -
de las cumbres desternillándose de risa. Los
pájaros lo silban...)

El viento dice:

-Corre, cobre, Juan Vicente
yo te enseñaré el camino...
(Y ante el pálido demente
se transforma en remolino).

El musgo dice:

-Reposa sobre mi espalda
de tu zarabanda loca...
(Y la grama de esmeralda
se convierte en dura roca)

El pozo dice:

-Haz un vaso de una hoja
y bebe mi linfa clara...

(Y se trueca en sangre roja
que mancha al traidor la cara).

(Juan Vicente cae de rodillas, se pone a llorar,
pide perdón a los seres y a las cosas; pero traí-
dor y malvado como es, piensa inmediatamente en
engañar a las cosas y a los seres con palabri--
tas de miel para después echarles la zancadilla
y exterminarlos.

Entretanto una banda de monos, desde las copas-
de yagrumos y araguaneyes, lo escarnece.)

Los monos

-En el palacio servías
de lavapiés al magnate;
si escupía era en tu rostro,
si violaba era a tu madre;
feliz de sus preferencias,
tú reías, tú engordaste.

El señor sintióse enfermo,
corrió al médico, a la calle;
y tú, cerrando la puerta,
de señor te disfrazaste,
pero la gente se burla
del disfraz, y vá a zurrarte.

Tu amigo duerme: aprovecha,
corre el puñal a clavarle;
oye aquel secreto: véndelo;
mira aquel huérfano: engáñale.
¡Cómo en alma tan pequeña
tánta sombra acumulaste!

Mata al cocuyo: ilumina!
¡El cedro es erquido: abátelo!
¡El arroyo canta y ríe,
que no ría, que no cante!
¡Viva el topo! ¡Muera el águila!
¡Y para el trino, la cárcel!

Arranca la flor de oro
del araguaney de jalde;
escamotea las nubes
de oro y plata de la tarde;
¿dónde viste plata y oro
bandido, que no robeses?

Ahórcate, Juan Vicente,
en las ramas de los árboles;
secunda, "en verde patíbulo",
tántos y tántos cadáveres
de tus víctimas, que péndulos
se balancean al aire.

(Juan Vicente, cuyo corazón se comparte entre sentimientos de pavor y de maldad, tiembla de pavora, y pide piedad con lágrimas en los ojos y en la voz, para mover a compasión; pero en el fondo sueña en vengarse. El traidor cree que los monos, a los que escucha sin ver, son seres humanos: enemigos invisibles.)

Juan Vicente, el Traidor

-El Odio sus lebreles me suza. El Nazareno
no sufrió más injurias, ni apuró más veneno,
ni vió en su blanca túnica más estrellas de cieno.

Ya mitridatizado por tósigo de insultos,
recibo, indiferente, del odio los singultos.
Más tantos deaafueros, ¿se quedarán inultos?

A mi lesivo lecho de sierpes me acomodo?
¿Respirará con gusto la atmósfera de lodo
como el nauta la ráfaga de salitre y de yodo?

No. Pero ya en mi ánima condené a los bandidos.
Ya espectros me parecen de sus huacas salidos;
y sus macabras burlas, coasé de tiempo idos.

(El Traidor gira la vista en su torno, contempla el
Avila nemeroso y refunfuña):

-Y este brujo monte infame
donde el samán me vapula y me silba el dios-te dé,
y no hay piedra que con nombres injuriosos no me llame
lo arrasaré!

(Las Hamadriadas lo escuchan. Abandonan la
corteza de los árboles donde habitan y -
maldicen al Traidor).

Las Hamadriadas:

-¿De nuestros hermanos el agua y el viento
y el musgo te quieres vengar?
¿Y nuestros palacios: samán corpulento
y ceibas pretendes tumbar?

Escucha: impotente, ladrado de perros,
de todos maldito serás;
y hambriento y errante por áridos cerros,
los buitres por tumba tendrás.

(Juan Vicente, el Traidor, olvida sus pujos
de venganza, escucha aterrado la maldición
de las Hamadriadas, pide perdón en vano y
echa a correr de nuevo por entre el Bosque
pero tropieza y muere por tierra.)

Juan Vicente, el Traidor:

-Señor, el profético insulto
silencia, silencia el tumulto
de mi angustiado corazón;
ya no más saliva en mi frente,
ya no más crugidos de diente
ya no más castigo. Perdón.

Las Hamadriadas:

-Que entre el fango, de noche, muera,
acosado como una fiera,
cubierto de moscas y horror;
que la mísera ánima exhale
como miasma pútrido sale
de un pantano.

Juan Vicente:

-Piedad, señor.

(La noche ha caído, Juan Vicente, bajo el desprecio universal, corre un poco más y se pierde, se pierde en la sombra.)

París, Diciembre de 1910.

De: MAZORCAS DE ORO. Caracas. Impresores Unidos. 1943.-